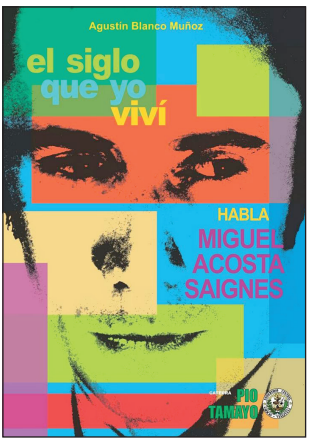
*Humania del Sur*. Revista de Estudios Latinoamericanos, Africanos y Asiáticos.
Universidad de Los Andes, Mérida. Año 11, Nº 21. Julio-Diciembre, 2016. ISSN: 1856-6812, ISSN Elect.: 2244-8810

# *Reseñas*

**Blanco Muñoz, Agustín. *El Siglo que Yo Viví. Habla Miguel Acosta Saignes*. Colección Testimonios Violentos, Nº. 24. Caracas: Universidad Central de Venezuela / Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico / Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES) / Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IIES) / Fundación Cátedra Pío Tamayo / Centro de Estudios de Historia Actual, 2012, 464 págs.**[1]

**Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo**




Estamos ante un libro atípico, tanto en el contexto de la "tendencia historiográfica" aupada y difundida por Agustín Blanco Muñoz: la *Historia Actual*, como en el de la propia historia venezolana entre las décadas finales del siglo XX y la primera del XXI.

La inicial atipicidad porque, si bien todavía el historiador-entrevistador no inserta la edición de la colección "*Testimonios violentos*" y el propósito confeso al iniciar el diálogo en las múltiples sesiones con Acosta Saignes, era el de acercarse al momento revolucionario vivido por los venezolanos, de Caracas principalmente, en 1936 y del que éste fue activo protagonista directo, ya que (estuvo preso y se exilió en México); sin embargo, resultó más un relato en primera persona sobre actualización de la formalización, institucionalización y profesionalización del saber académico en Venezuela.

La segunda atipicidad por el tiempo –nunca en balde– transcurrido entre los momentos de las entrevistas (1978, 1982 y 1986-1987) y su posterior publicación, puesto

que para entonces todavía el año de 1936 se tenía como una de las escasas oportunidades en las que en el país, la llamada "*izquierda"* habría tenido una opción real de tomar –con la conquista violenta de la calle– el poder, puesto que los sucesos del 18 de octubre de 1945 y 23 de enero de 1958 no han merecido ocupar ese lugar en el imaginario historiográfico contemporáneo venezolano; mientras que en la actualidad eso sí se habría dado… Con ello aquel año habría pasado de ser un *ensayo* del que podrían tomarse "enseñanzas" acerca de los "aciertos" y los "errores", en la perspectiva de una nueva toma del poder, al rango de la mera "oportunidad perdida" de la que sólo se percibirían "carencias", "ilusiones utópicas" e "inexperiencias".

También debe consignarse, por otra parte, que la distancia temporal entre los encuentros Blanco-Acosta y la publicación de sus resultados fue por expresa petición del entrevistado y, a su vez, que en todo momento éste reivindicó y reafirmó su trayectoria vital; a pesar de haber sido "… discriminado como negro numerosas veces en Río Chico y también en Caracas…" (p. 422), como la de un intelectual de clase media adscrito a las ideas y causas anti-imperialistas:

> …he sido un profesor de clase media… ligado a mi intención de trabajar y publicar para contribuir a las bases de lo que ha de ser la reivindicación de los trabajadores, de los sectores oprimidos. Y puse el grano de arena para eso en la revolución de la Universidad... (p. 418)
> …empecé a escribir libros y encontré que por el ejercicio intelectual y político no partidista, podía ser más útil a mis semejantes los oprimidos… (p. 419)

A la atipicidad del libro se le une también el testimonio que en él se recoge, en varias ocasiones, por la agonía de Acosta Saignes en el acelerado tránsito de la enfermedad que lo conducía a su inevitable cita con la muerte, como cuando: en la entrevista del tercer día de marzo de 1986, despide al entrevistador diciéndole: "…me va a disculpar Agustín, pero hoy estoy muy mal. De casualidad lo atendí y creo que no pudimos avanzar mucho" (p. 293).

También pareciera parte de la tal atipicidad un cierto "*descuido tipográfico"* en el libro, el cual hace que haya vacíos, imprecisiones y confusiones, atribuibles –quizás– a algo de premura, para hacer que viera su tan retardada luz de la imprenta; pero que al recoger los testimonios verbales de Acosta a finales de los años setenta y mediados de los ochenta de novecientos la hace injustificable. Sólo en dos páginas (456-457) del Índice ello es constatable: "…Es falso que las leues ¿?? [¡sic!] del mundo natural sean eternas y univer-

sales…", "…Nelson Himiob nos que es comunismo [¡sic!]…", "Articipé [sic.] en la Fundación de Profesores Jubilados…" y "…Buscando sobre los negros me interesé por la historia de los portugueses en Venezxuela [¡sic!]…"

Pero tales atipicidades no le restan interés a la conversación Blanco-Acosta, pudiendo ser muchos los aspectos a destacar en el libro, tratándose del diálogo inteligente de dos intelectuales venezolanos entregados a pensar sobre el pasado, presente y futuro de Venezuela.

Para dar un ejemplo resaltemos uno de ellos: Sus consideraciones sobre el desempeño del oficio historiográfico en general y en Venezuela en particular.

Para hacerlo es necesario señalar que la condición legítima de Acosta Saignes como historiador no sólo se le reconoce porque él se considera antropólogo e historiador (p. 137); sino también porque ha aportado títulos bibliográficos que permiten aceptarlo sin discusión como tal, también porque fue pionero en el tratamiento de temas y en el empleo de herramientas metodológicas en el campo historiográfico y por haber sido, como autoridad, profesor e investigador de la Universidad Central de Venezuela, testigo de excepción en el surgimiento, proyección y consolidación de la Escuela "de" Carrera Damas[2] desde la Escuela de Historia de la U.C.V.,[3] a quien no le ahorra calificativos para poner bajo sospecha su gestión como Director de aquella, Director de Cultura de la U.C.V.,[4] profesor universitario,[5] historiador[6] y, por lo tanto, maestro.[7]

Uno de los principales aspectos que destaca Acosta de la labor del historiador es la que éste debe tener como ser humano y social, "…la conciencia de que somos agentes históricos…" (p. 142), como ejemplo de ello señala al propio Bolívar, quien "…entendió su papel histórico mejor que lo que lo han entendido todos los historiadores que han escrito sobre él, con la excepción de los historiadores recientes que andamos buscando otras interpretaciones…" (p. 169) y asimismo la de que, como tal, su investigación debería tener "…utilidad para alguien…", de lo cual pone de ejemplo su libro "*Latifundio"*, el cual habría sido utilizado por Federico Brito Figueroa "…para que lo leyeran los trabajadores de Aragua, quienes se organizaban en ligas sobre la base de lo que yo decía" (p. 128).

También llama la atención sobre el *método* de recurrir a las fuentes documentales escritas con el que proceden los historiadores, ya que "… citar fragmentariamente documentos…" no sería *justo* con el lector, puesto que no se le da a éste "…ninguna posibilidad de otra interpretación…". Esto propone el combatirlo a la manera como él lo haría en *Bolívar Acción y Utopía del Hombre de las Dificultades*: "…indicando de donde vienen…"

y dándole "…al lector la posibilidad de que él mismo interprete…" para lo cual él no transcribe el documento "…a mi manera, sino que citó en el mayor número de los casos para hacer vivo el documento…" (p. 134). En tal sentido cuestiona el fetichismo del documento porque "…implica realizar investigaciones sin ir a preguntar a la gente que está viva y que es contemporánea de los que escribieron…" (p. 257) y advierte que "…el documento responde según la ideología del que interpreta el documento…" (p. 258). Por ello proclama que metodológicamente el historiador "…en lugar de pensar en Juan Vicente Gómez…" debía hacerlo sobre su época (p. 164), que "…no es importante sólo saber qué fue lo que ocurrió en la época de independencia…" (p. 212) y que debía evitarse la tendencia a "…ensalzar a Gómez…" (p. 220), porque "…lo que nos interesa son las lecciones que puedan ser utilizadas en el futuro y no cometer los mismos errores…" (p. 212).

A la tradición de la historiografía venezolana también le dedicó reflexiones durante las entrevistas, si bien estimaba que "…no existe lo que podríamos llamar un pensamiento histórico venezolano…" el cual; sin embargo, tendría perspectivas de formarse "…dentro del materialismo histórico…" (p. 283). Respecto de ella se refirió a la *historiografía marxista*, señalando que ésta constituye "…una interpretación materialista dialéctica…" (p. 281), que "…no tiene el tiempo dividido en siglos, sino en las grandes épocas de la producción y las relaciones de clase consiguientes…" (p. 266), que la que verdaderamente se podría considerar como tal en Venezuela sería la de Arturo Cardozo (*Sobre el Cauce de un Pueblo*, 1967), a quien valora como "…un historiador profesional…" (p. 255) y que a él mismo (por *Latifundio*, 1938) y a Carlos Irazábal (por *Hacia la Democracia*, 1939) les correspondía un lugar pionero en ella. Pero –reclamó- ese lugar se les negaría a ellos dos, aduciéndose que ambos libros "…no están metodológicamente consagrados…" (p. 256). Arremete entonces contra los "…metodologistas perfectos…", advirtiendo que "La rigidez de las metodologías evidentemente significa un sectarismo, un fetichismo que no enriquece la historia, sino que más bien la paraliza" (p. 258) y apunta que "…en los últimos años una metodología novísima que es la del informante oral, la cual no se aplicaba porque había ciertas dudas sobre su procedencia como fuente histórica. Sin embargo yo la apliqué para mi trabajo sobre el Latifundio…" (p. 256) y todavía más: "…en el libro de '*Los esclavos negros en Venezuela*', presenté una posibilidad que empleé en el libro, que es la del antropólogo y ahora sería también la de un historiador, que interroga a los documentos como si estuviera interrogando a un informante" (p. 258).

Escribe también que "…Irazábal no era un historiador profesional…" (p. 281); pero hizo "…el primer análisis histórico político profundo que se realizó en Venezuela…" (p. 328), que él –Acosta Saignes– fue "…el primero que escribió en Venezuela sobre los cimarrones y de allí se ha asentado una tradición sobre la rebelión de los negros…" (p. 352) y quien "…por primera vez entre los historiadores de Venezuela, he tratado en un capítulo sobre lo que comía el pueblo…" (p. 415) y que el propio Carrera incurría en imprecisiones metodológicas, pues:

> El libro Latifundio lo publicó Salvador de la Plaza en 1938. El libro de Irazábal se publicó en 1939 y no me he podido explicar por qué Germán Carrera Damas, en un libro sobre historiografía marxista, señala que mi libro se publicó en 1938 y que el de Irazábal se publicó en 1939, pero constantemente repite que el primer libro que se publicó fue el de Irazábal. No es cuestión de prioridad, simplemente es cuestión de la metodología rigurosa, que hay que poner las cosas en su fecha y que no se puede tener incongruencias entre lo que el lector ve por fecha, y lo que afirma el que escribe (p. 281)

Y, en contrario, llama la atención sobre:

> …mi libro Latifundio [el cual], visto por mí ahora, es histórico en el sentido de que allí están los datos concretos para la interpretación del fenómeno de la propiedad de la tierra. Al mismo tiempo que se ha inspirado en el marxismo para decir cuáles eran los datos fundamentales, se adelanta una interpretación. Es una primera mirada, sin ser yo economista en esa época, como Carlos Irazábal no era historiador, de la economía nacional en un período que coincide con otros dentro de las leyes universales (p. 288)

Igualmente preciso, para finalizar con este aspecto histórico-historiográfico que hemos buscado destacar de la conversación Blanco-Acosta y con su reseña en general, que "…a Brito Figueroa, a Arcila Farías, a mí y a otras personas… por azar histórico nos tocó introducir en Venezuela métodos diferentes para estudiar la historia que antes se hacía de una manera, salvo contados casos, más bien rudimentaria" (p. 134).

## Notas

1 Reseña culminada el 30-11-2012.

2 No deja de ser *curioso* o al menos *paradójico* –lo reconocemos– que nos aventuremos a aludir a una tal *escuela* cuando de ella *nadie se reconoce como discípulo* ni como *maestro*… pero la que se sí *pareciera* haber existido cuando las *nuevas generaciones* de historiadores venezolanos (y no sólo los de Caracas y la U.C.V.) manifiestan tener *consciencia histórico-historiográfica* al señalar la importancia del *rigor metodológico* y del *ejercicio de la crítica* (invocados también por Carrera Damas) como fundamentales para el ejercicio profesional historiográfico, el cual, precisamente, habría empezado a forjarse en las aulas, los seminarios, las clases y las publicaciones que empezaron a materializarse en la Escuela de Historia de la U.C.V. en los años sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado (la *invisibilidad* de la *significación* de la de la U.L.A. entones y ahora persevera), coincidiendo con la presencia de Carrera Damas en ella. Todo sin olvidar la referencia obligada a los libros, artículos y conferencias de Carrera en los pies de página (o entre paréntesis, en el "sistema APA") y en las bibliografías.

3 El juicio de Acosta sobre ella y que transcribió Agustín Blanco Muñoz fuel el de que "…esa gente no cree en el trabajo de campo, no cree en el estudio a partir del testimonio oral. ¡No creen en nada! Lo de ellos lamentablemente es lo que dijo Gil Fortoul o lo que dice Germán Carrera" (p. 105).

4 "…Arremetió contra la 'Cátedra del Humor' creada por Pedro León Zapata" indica Acosta Saignes (p. 101).

5 Acosta apuntó que era una persona "…muy necesitada de reconocimientos…" por lo cual haría "…muchas cosas por lograrlos. Por ejemplo, él hace muchas relaciones para presentarse como un historiador altamente reconocido y por eso siempre hace correr la voz de que se va para el extranjero a cumplir múltiples compromisos" (p. 101).

6 Ante una pregunta de Blanco Muñoz por su opinión sobre *El Culto a Bolívar* de Carrera, Acosta lo califica de "…libro reaccionario, desarrollado con un sentido oculto, antibolivariano, antinacionalista y antirrevolucionario…" (p. 101).

7 El propio Acosta Saignes nombra a cuatro ex-alumnas de Carrera Damas, quienes continuaban (1982) la tarea de éste enseñando Metodología de la Historia –según él calificada por "…muchos estudiantes…" como "… algo horrendo…"– para anotar de inmediato que eran "…personas muy trabajadoras…" y muy capaces; pero que no habrían "…podido desarrollarse bajo la sombra egoísta de Germán Carrera…" (p. 101-102).